

Cosme y Teresa llevaron un puñado de tierra cada día, y formaron una montaña formidable. El con su trabajo y actividad, ella con su economía y su orden, fueron adquiriendo poco á poco terrenos circunvecinos y ensanchando su casa de tal modo, que Cosme era el propietario más rico de la población.

Todas las fincas que vendió su hermano fueron á su poder, y otras muchas que adquirió honradamente.

Cuántas veces pretendieron socorrer á Damian y á Sofía, fueron rechazados con altanero orgullo. Ofendidos naturalmente por la repulsa no volvieron á buscarlos.

Teresa suspiraba muchas veces.

—¡Ay! decía, Damian y Sofía riñen y son desgraciados, teniendo dos hermosos niños; ¡si yo los tuviera!

—Quizá no fueras tan feliz, le contestaba su marido. Cuando Dios no nos concede esta gracia será porque no nos hace falta.

—¡Es verdad!... Yo acato resignada su poderosa voluntad, decía Teresa, sonriendo y mirando al cielo con muestras de inmensa gratitud.

Así pasaron muchos años. Damian y Sofía tomaron cada uno por su lado: él consiguió en unas salinas un empleo de poquísimo sueldo que apenas le bastaba para mantener á sus hijos. Ella, siempre ávida de placeres y de grandezas, entró á servir de doncella en casa de una marquesa.

## V

Era una fría y nebulosa tarde del mes de Enero. Había nevado copiosamente en el país, y estaban los caminos con una cuarta de nieve.

Esta circunstancia hacía imposibles los trabajos agrícolas, de modo que al anochecer estaban reunidos en la plaza la mayor parte de los labradores del pueblo.

Cosme, que era alcalde aquel año, salió á dar algunas disposiciones para que cuadrillas de jornaleros quitasen la nieve que obstruía las calles y los caminos, haciendo éstos impracticables, sobre todo el que conducía hasta el molino que era el más frecuentado por las gentes de la aldea.

—Ea, señor Cosme, dijo un labrador, yo no me determino, porque conforme va cayendo la tarde, va haciendo un frío horroroso.

—Siempre seréis unos cobardes holgazanes; venga una pala, yo iré delante enseñándoos á no retroceder ante el peligro, cuando se trata de hacer una buena obra.

—Pero si es un trabajo inmenso, señor alcalde, dijeron varios.

—Es un trabajo hecho en media hora, si se emprende con buena voluntad, dijo Cosme; el molino apenas dista de aquí cien pasos y el tránsito hasta él es sumamente necesario, porque desde ayer no hay pan ni harina en el pueblo; tienen que ir esta misma noche y volverán antes del amanecer: así es que si no limpiamos el camino de la nieve que lo obstruye, tendremos cincuenta desgracias esta noche, vuelcos de los carros y labradores extraviados en los campos que perecerán en medio de la nieve.

—Tiene razón el señor alcalde, dijeron algunos.

—Ea, pues vamos allá: yo soy el primero.

—Y yo... yo... repitieron varios, animados por el ejemplo del que tomó la iniciativa.

—En marcha, pues yo voy á la cabeza, exclamó Cosme, enarbolando la vara de

la autoridad y adelantándose hácia el camino indicado.

Poco despues tenían la mitad del trabajo hecho, y á las evasivas del principio sucedió una franca alegría y un estímulo que todos querían adelantarse para ganarse la voluntad de Cosme que les había ofrecido unos sendos jarros de vino cuando llegasen al molino.

Ya las sombras de la noche habían extendido su enlutado manto por la atmósfera cuando distinguieron los primeros árboles de la sierra.

—Hemos terminado la tarea, señor alcalde, dijeron los primeros volviendo atrás.

—¿Pues cómo? preguntó Cosme.

—Se conoce que los molineros se han anticipado á nuestro deseo y tienen ya desembarazado de la nieve el camino que conduce á su propiedad.

—Me alegro; son unos buenos muchachos; pero vamos allá: os cumpliré mi oferta.

Pocos momentos despues entraban todos en el molino donde encontraron un cuadro conmovedor.

En el inmenso hogar de la anchurosa cocina ardía un monton de sarmientos, animándolo todo con su resplandor, que crecía ó menguaba segun iba quemándose la leña.

A la derecha del hogar había una tarima grande, á la izquierda otras, y estaban ambas rodeadas por las gentes de la casa que prestaban sus minuciosos cuidados á tres seres moribundos que yacían acostados en aquellos lechos de madera. Los que ocupaban la tarima de la derecha eran dos niños que apenas contarían ocho ó diez años; estaban demacrados, pálidos y con señales evidentes de la más espantosa miseria impresa en sus desfallecidos semblantes.

En la de la izquierda se veía un hombre que no debía de ser muy viejo, pero que había encanecido prematuramente por efecto de la desesperación y la desgracia.

Su flaco y macilento rostro parecía más horrible aún por estar cubierto de una barba larga, canosa y desordenada. Su cabellera larga caía en mechones por ambos lados de las sienes, teniendo completamente calva la parte superior de la cabeza. Aquel hombre estaba moribundo: un sacerdote acababa de retirarse despues de haberle confesado y administrado los Santos Sacramentos.

Al salir de la cocina encontró á Cosme que entraba con la cuadrilla de trabajadores.

—Señor alcalde, dijo el sacerdote, llega usted á tiempo: iba á buscarle.

—¿Pues qué sucede? preguntó Cosme.

—Una desgracia.

—¿Cómo!...

—Suplico á usted que se revista de valor ántes de saberla.

—¿Acaso me toca de cerca?

—Sí, señor, y ha herido á uno de sus más próximos parientes.

—¿A Damian?

—Justamente, señor alcalde, dijo el sacerdote apartándose para dejarle paso.

—¿Dónde está mi pobre hermano? Quiero verle.

Varios hombres enharinados le señalaron la tarima que ocupaba Damian. Cosme se precipitó hácia ella y cayó de rodillas á la cabecera de aquel lecho mortuario, exclamando:

—¡Hermano mío! ¡Mi querido Damian!..

El moribundo abrió los ojos, los fijó con profunda expresion en el rostro del honrado labriego, y murmuró con acento tan débil que, más bien se adivinaban que se oían sus palabras.

—¡Cosme, me muero!... Ahí te dejo mis hijos... tú eres bueno y generoso... enséñales tus virtudes, hazles amar el trabajo y serán felices.

Aquí se detuvo como para tomar aliento, sus fuerzas estaban completamente agotadas.

Por las mejillas de Cosme corrían abundantes lágrimas, sus manos estrechaban las heladas y cadavéricas de Damian, y no se atrevía á decir una sola palabra por temor de perder las que su hermano tenía que decirle.

Este siguió con visible languidez:

—Hermano mío... he sido holgazan, desidioso; he dejado perder la herencia de mis padres y labré mi desgracia y la de mis hijos, dejándoles en el mundo sin un pedazo de pan.

—En mí tendrán un padre, te lo juro, dijo Cosme.

—Gracias, con tu promesa muero tranquilo.

—También su madre y tú tendréis un sitio en mi mesa.

—Su madre ha muerto en un hospital; yo me sentí también herido en el corazón y vine á traerte mi herencia... mis pobres hijos.

—Yo la acepto como si fuera un tesoro, dijo Cosme.

—Gracias, hermano mío! Muchas gracias. Perdóname el haber sido contigo indiferente, ingrato... Adios... Ruega por mí!...

Las fuerzas del desgraciado Damian estaban agotadas; su cabeza cayó sobre la almohada, y entregó su alma al Señor, dirigiendo á su hermano la última y suplicante mirada, en la que iba envuelto su más ardiente deseo.

## VI

Teresa estaba sentada junto al hogar, la rodeaban varias aldeanas, criadas unas de la casa, mujeres otras de los que habían seguido al alcalde en su excursion.

Ya las piadosas mujeres habían rezado dos ó tres veces el santo rosario y habían tomado y dejado otras tantas, con visible impaciencia, las calcetas á medio hacer que tenían en la mano.

Teresa se levantó y, dejando su labor en la mesita de pino que tenía delante, fué hácia la ventana, y abriéndola de par en par, exclamó:

—¡Dios mío! preciso es que haya sucedido á mi Cosme alguna desgracia; él nunca se detiene tanto y son ya cerca de las nueve.

—Quién sabe si alguno habrá perecido entre la nieve, dijo una de las aldeanas.

—Por fortuna son muchos y se ayudarán unos á otros, contestó Teresa.

—En verdad que ha sido bien temeraria la empresa... Tiene unas disposiciones el señor alcalde!...

—Mira, no vengas aquí murmurando de lo que no entiendes; bastante angustia tengo yo en mi alma, dijo Teresa, sentándose de nuevo junto á la chimenea, para volverse á levantar á los dos minutos.

—Pues la noche está serena, dijo una de las mujeres; ello sí, se hielan las palabras y deben venir ateridos de frío.

—Echa más lumbre, Nicolasa, dijo Teresa á la criada, volviendo á quedar abismada en su profunda inquietud.

En el reloj de la villa dieron las nueve; al escuchar las sonoras campanadas, la mujer de Cosme, no pudiendo sufrir más, se lanzó á la puerta; pero en el mismo instante se abrió ésta bruscamente, apareciendo Cosme en el dintel.

—Cosme de mi alma! dijo Teresa llorando de alegría.